



AMOR DESINTERESADO

TARDE XIII

AMOR DESINTERESADO

Prescindir del personal
Interes, de la belleza.
Y amar solo con fineza
La hermosura en lo moral;
Este es el bello ideal,
Es la utopia en el amor;
Quien merezca tal favor
De un dulce objeto adorado,
Puede decir que ha logrado
De prodigios el mayor.

Reunida nuestra tertulia como los tardes anteriores, colocáronse los muchachos en el sitio que cada cual acostumbraba, manifestando, con su silencio y con la vista fija en su padre, el desec que tenían de saber el fin de la historia de los peregrinos. Palemon prosiguió la lectura en estos términos:

FIN DE LA HISTORIA DE LOS TRES PEREGRINOS

CAPÍTULO V

Los tres prodigios.

Sería interminable esta historia, si á referir fuésemos las variadas aventuras que á los tres peregrinos ocurrieron con ricos que

hacian pasar por efecto de generosidad los caudales invertidos en satisfacer sus brutales pasiones, con pseudos sabios y artistas, que á su refinado egoísmo y petulancia daban el título de abnegacion; con mujeres coquetas y livianas, que se atrevian á dar á su libertinaje el precioso título de amor. Despues de mil infructuosas diligencias, Graciano volvió el último á casa de su tío Tomas, donde halló á sus hermanos: solo á él esparaba el tío, para juzgar si sus tres sobrinos habian cumplido la última voluntad de su padre, y partir entre ellos la herencia. Por fin, llega Graciano conduciendo á una jóven, acompañada de su tutor, cuya fisonomía inspiraba respeto. Huberto está sentado junto á Tomas; á su lado se ve un anciano agobiado del peso de los años, y muy pobremente vestido; este era el infeliz que buscaba, y que al fin habia encontrado. Algo mas retirado está Ricardo, hablando con un hombre como de unos cuarenta y seis años, muy bien puesto, que parece ser el rico desinteresado, objeto de su comision. Los tres hermanos se abrazan vertiendo lágrimas de ternura, y se manifiestan deseosos de saber sus respectivas aventuras: su tío Tomas, que tambien lo desea, hace sentar á todos junto á sí. Conviene en que Ricardo sea el primero que las refiera, y este se explica del modo siguiente:

Mi relacion no será larga; os bastará saber que despues de haber buscado inútilmente un hombre rico y benéfico, solamente por el gusto de serlo; y despues de no haber hallado sino libertinos, ambiciosos, y sobre todo multitud de egoistas, me volvía á casa de mi tío, desesperanzado de poder cumplir con mi encargo, cuando llamó mi atencion un hombre que hallé llorando en el camino; parecia atormentado de algun grave pesar; me acerqué á él, y con cuanta dulzura inspira siempre el aspecto de un infeliz, le pregunté la causa de sus sentimientos. Estoy perdido, me respondió; estoy perdido: he suscitado contra mí el odio del mejor de los amos. — ¡Cómo! hablad; explicaos. — Hace diez años que sirvo, ó por mejor decir que soy el íntimo confidente de un hombre rico llamado Berville, á quien pertenece el castillo que veis situado sobre aquella colina; es el hombre mas tierno, mas generoso, y mas digno de estimacion que se conoce: cifra su felicidad en favorecer al desgraciado, pero no como los demas: un solo rasgo os hará conocer su excelente corazón, y la causa de mi desgracia. El señor de Berville tiene un sobrino, que crió á sus expensas por haber quedado huérfano desde la infancia. Procurando su bienestar por cuantos medios le parecian justos, pen-

só en casarle muy ventajosamente con la hija de un vecino. Cuando esto intentaba, supo que el sobrino estaba en relaciones ya hacia bastante tiempo con una jóven de familia muy pobre, y que de estos amores habian resultado dos hijos. Otro se hubiera irritado; pero este señor solo trató de informarse secretamente de todo lo que entre ambos jóvenes habia mediado. Sus averiguaciones le ocasionaron la mas sensible pena. No hay duda, le oí decir, esta jóven será víctima de la seduccion sin merecerlo. ¿Qué intenciones acompañarán á mi sobrino? ¿Si habrá pensado solamente en satisfacer su pasión, abusando de la credulidad, y abandonarla despues? No será ínterin yo viva. Quiso descubrirlo, y con este fin, obrando con el mayor disimulo, propuso al sobrino que solicitase la mano de la señorita que le designó, ofreciendo dejarle por su único heredero si se decidia á complacerle. El señorito no pudo ocultar su alegría dando por efectuado el matrimonio, mediante la grande influencia que con el padre de la propuesta tenia su tío: le contestó que estaba pronto á cumplir su deseo, pues que no podia proponerle cosa que fuese mas de su gusto, y se retiró brincando de contento. Vi pintada la rabia en el apacible rostro de mi amo; pero se contuvo, quiso disimular aun, prométiéndose dar á su sobrino una fuerte leccion, despidiéndole ademas de su casa si se negaba á cumplir el sagrado deber que á sí mismo se habia impuesto, pues creia conforme con la moral y la razon que reconociese por esposa á la madre de sus hijos.

Una mañana que salí acompañando á caballo al señorito, me habló del casamiento que le proponia el tío, y de lo mucho que halagaba su amor propio la idea de unirse á una jóven tan acaudalada y de esclarecida familia. Como yo sabía lo que proyectaba mi amo, y estaba bien enterado de los amores del señorito y de su conducta, porque se valia de mí en muchas ocasiones, y me hacia mil regallilos, con los que me tenia ganado; le manifesté el grande chasco que su tío le preparaba, si se negaba á dar la mano á Belly, que era la jóven á quien habia engañado.

Débil, imprudente fuí. Con mi relato se enfurece el señorito, jura, desata su lengua contra mi buen amo, y dice que primero consentirá ser hecho pedazos que casarse con Belly: que los hijos de esta no son sus hijos, porque del mismo modo que se ha rendido á sus halagos, no duda que se haya dejado vencer por los de otro, pues todo se ha de suponer en una mujer que se entrega al que no es su marido, ó que al ménos no tiene seguridad de

que lo sea. Calmó su furor por un momento, sin duda para preguntarme si era cierto todo lo que yo le habia dicho. Despues de asegurarle que sí, añadí, que informado su tío de que ya no veía á Belly, se habia presentado en su pobre habitacion, y asegurádola que si su sobrino huiese de cumplir como hombre de honor, porque estaba bien informado del tiempo, los amaños, y hasta de las palabras que habia empleado para persuadirla, y de todo lo demas que habia mediado, desde luego la ofrecia ser su amigo, su protector, y el padre de sus hijos. Á Dios, me dice aquel jóven precipitado; á Dios, para siempre. ¡Maldicion, sobre mi tío! y desapareció con el caballo á todo correr. ¡Considerad cuál sería mi turbacion! Conocí entónces mi imprudencia. Volvíme á casa, y dije á mi amo que su sobrino me habia mandado retirar, porque se reunió con dos amigos á quienes yo no conocia, los cuales, segun oí, le acompañarian á su vuelta. Así lo creyó. Llegó la noche, y como no se presentaba, sospeché que le hubiese sucedido algun mal. Sensible el buen tío, no pudo ménos de manifestar su impaciencia. Me mandó que recorriera los caseríos circunvecinos: lo cual hice por disimular, y en ninguno me dieron razon de si le habian visto. Pasaron algunos dias sin saber dónde habria ido á parar; pero ayer recibió una carta mi amo, la que, segun he sabido despues, es de su sobrino. Ignoro el contenido; pero la verdad es que no bien la hubo leído, me hizo llamar, y me dijo: Al instante saldrás de mi casa: y jamas volverás á ponerte en mi presencia: quise hablarle, pero me volvió la espalda.

En este momento acaban de decirme que mi amo ha pasado de nuevo á manifestar á Belly la fuga de su sobrino, y que ha determinado llevar á vivir en su compañía á esta triste jóven con sus hijos, cediendo todos sus bienes en su testamento á favor de los tres.

Así terminó aquel criado su narracion, la cual me conmovió hasta lo sumo. La compasiva ternura del señor de Berville me inspiró el mas vivo interes: hé aquí, dije para mí, el hombre que busco; es preciso que sin perder tiempo me presente á él; en consecuencia propuse al criado que le acompañaria á casa de su amo, y haria que le perdonase; creyóme, y fuimos en busca del señor de Berville. Hice relacion á este hombre generoso del testamento de mi padre, y del objeto de mi peregrinacion, y le supliqué que aceptase en mi herencia la parte destinada al hombre rico y desinteresado. Conozco, añadí, que os hace muy poco al caso este aumento de riqueza; pero sirva tambien á la pobre Belly y á sus

hijos, á estos infelices abandonados por vuestro sobrino. — Sois un hombre franco, me dijo Berville, abrazándome; os creo, y acepto vuestros ofrecimientos en favor de una desdichada, á quien iremos mañana á visitar; y despues os acompañaré gustoso á casa de vuestro tío.

En efecto, á la mañana siguiente fuimos á ver á Belly, á la cual participámos los favores que la fortuna le concedia, á falta de los del amor y del himeneo. Belly se arrojó á los brazos de su tío, pues así queria Berville que le llamase.

Acabada tan tierna visita, volvimos al castillo de Berville, y al dia siguiente nos pusimos en camino para esta casa, donde el buen Berville recibirá la parte de bienes que le señala nuestro padre, como si fuese hermano nuestro: ¿y no lo es? Siempre los hombres virtuosos son de una misma familia; ademas de que la herencia de la ternura paternal debe, por el conducto de tan benéficas manos, aliviar las desgracias del maternal afecto.

La historia de Ricardo interesó infinito á la familia de Devínes; todos abrazaron á Berville, y cuando hubieron pasado los primeros movimientos de efusion, tomó Huberto la palabra para referir á la sociedad lo que le habia sucedido en su peregrinacion. Su relacion no fué ménos agradable que la de Ricardo. El hombre que acompañaba á Huberto, era efectivamente desgraciado sin merecerlo; la fatalidad fué la sola ocasion de sus desgracias: lleno de conocimientos, nunca habia hallado proporcion para manifestarlos; en una palabra, justificaba absolutamente la intencion del testador. No referiré individualmente la historia de este hombre, que se llamaba Raimundo, en atencion á que no contiene accidentes maravillosos; baste decir que fué adoptado por la familia, y pasaremos á la historia del jóven Graciano, que llenó de placer á su auditorio, diciendo así:

No me admira, hermanos míos, que hayáis hallado lo que buscabais: todavía hay virtud en la tierra: la dificultad es el poderla encontrar; pero siempre se encuentra si se busca con eficacia. Mi empeño era el mas dificultoso. Hablen por mí cuantos me oyen y conozcan el corazon de las mujeres, y convendrán en que yo necesitaba una discrecion y una paciencia consumada; sin embargo, hallé á esta mujer, apreciable sobre todos los tesoros del mundo, y la estáis viendo en la amable Cecilia. ¿Cabe mayor reunion de gracias y modestia? pero no quiero que sonroseen su rostro mis elogios; hablaré de sus virtudes, de las cuales puede gloriarse mucho mas que de sus atractivos.

No os referiré la graciosa aventura que me sucedió en un antiguo castillo con una vieja fea y loca; tampoco de las coquetas que he encontrado; el cuadro que voy á presentaros no necesita de sombras, pues debe ser puro como la persona que tengo que pintar en él.

Pasando yo por una ciudad situada á pocas leguas de aquí, oí hablar de Cecilia: todos la pintaban como una mujer de juicio y de talento: decían que hallándose feliz en compañía de su tío y tutor el señor Duval, que entrañablemente la amaba, había renunciado muchas veces los lazos del matrimonio. Estos lazos, decía interiormente, acaso habrán tenido por principio el interés; los de la estimación y el amor son mucho más poderosos; procuraremos hacerlos brillar á los ojos de esta insensible Cecilia; pero ciñámonos á las leyes que dicta el testamento paterno; oscureceré bajo un traje humilde la poca frescura de mis facciones; destruiré enteramente el imperio de lo físico; pero nada omitiré para que triunfe el del alma y sus nobles cualidades.

Resuelto á esto, me visto limpia, pero pobremente; me cubro un ojo y gran parte del rostro con una venda negra, mi brazo izquierdo como maltratado en un pañuelo pendiente de mi cuello, y un báculo sostenía mis vacilantes pasos. En este estado, despreciable para el amor, pero interesante para la compasión, me acerqué á la habitación del señor Duval, y pregunté por él. — Ha salido, me contestó una criada; la señorita está sola. — Pues bien, presentadme á la señorita. Esta me hizo esperar mucho tiempo en un salón donde había un piano y varios papeles de música; ya sabéis que tengo la voz bastante agradable, y me puse á cantar el primer romance que me ocurrió. Cecilia llegó poco á poco, y la vi, á favor de un espejo, detenerse y aun dar muestras de placer en oírme: yo continué; me dejó acabar, y al volverme, fingiendo que no la había visto, le pedí perdón de mi atrevimiento. Cecilia se sonrió, y me aseguró que se alegraba de no haberme interrumpido: en seguida me preguntó qué era lo que se me ofrecía. — Señorita, soy un pobre huérfano perseguido de la suerte, y á quien perseguirá siempre la más cruel indigencia, si no encuentro ocupación en que pueda manifestar alguna instrucción que tengo: aunque no es de las mayores, creo que podré enseñar música, dibujo y algunas lenguas; por esto me he tomado la licencia de venir á preguntar al señor Duval, si entre sus amigos podría proporcionarme algunos discípulos. — ¿De dónde conocéis á mi tutor? — Señorita, luego que un forastero entra en esta

ciudad, todo el mundo le indica el asilo de la beneficencia y de la... hermosura. — Mi tutor no está en casa; pero no tardará en volver; ¿queréis tomaros la molestia de esperarle? — Con mucho gusto, pues me lo permitís.

Cecilia me acercó una silla, y me obligó á cantar algunos juguetes italianos, que le gustaban mucho: en esto llegó el tutor, á quien me presentó con mucho empeño: hizome este mil preguntas, y al cabo me recibió en su casa para que desde aquel mismo día diese lección á su sobrina. Me pareció que la jóven mostraba mucha satisfacción del resultado de mi visita, lo cual lisonjeó sobremanera mi amor propio. Todos los días daba lecciones á Cecilia, que las recibía con el mayor placer. Mis fingidas heridas, que yo supuse haber recibido en el ejército, decía que le inspiraban un interés extraordinario; en una palabra, á poco tiempo conocí que me amaba. Leíamos juntos; yo la enseñaba á hacer versos, y aun componía algunos en su alabanza; esto sorprendió al señor Duval, quién me dió á entender algunos recelos. Creí que lo mejor era interesarle á mi favor, confiándole el testamento de mi padre y mis intenciones; podía hacerlo, porque una cláusula de este testamento me permitía tomar cualquiera resolución conducente al acierto. Exigí el secreto del señor Duval; me lo prometió, y desde este momento tomó sus medidas para proceder de acuerdo conmigo. Al cabo de algún tiempo, cuando creímos que el amor había echado profundas raíces en el corazón de la jóven, su tutor la propuso un partido muy ventajoso, pero Cecilia no lo admitió. El tutor se fingió enojado, y le dijo que ya conocía que en mí consistía el motivo de su resistencia; pero que al instante me despediría de su casa, lo cual ejecutó, participándome cuanto había ocurrido. Desde entonces me valí de mil artificios para hablar á Cecilia, y tuve la satisfacción de ver que se prestaba á mis ideas con la mayor resolución: me declaró su amor, y cuando vi las cosas en este punto, acordé con el tío que terminase el asunto, haciendo los últimos esfuerzos para experimentar la fineza de su sobrina. Duval no concedió á su pupila, para su última resolución, sino ocho días; y esta, viéndose tan apurada, le dijo: Bien conocéis á Graciano; sabéis que es pobre, que tiene figura despreciable, y que si no es á mí, no puede agradar á mujer alguna; pues bien, señor, yo le amo; soy rica, y quiero hacer su felicidad. Disimuló Duval el exceso de su alegría; y continuando su fingido enojo, nunca se mostró más irritado: reprobó tan extravagante enlace, y se salió después de haber amenazado á Cecilia con que

eligiese un convento ó el esposo que le proponía. Cecilia me dió parte de estas amenazas; yo me arrojé á sus piés llorando, y suplicándola que no se hiciese infeliz por mi causa; pero ella, con la mayor firmeza, me aseguró que ántes moriría que dejarme, que acudiría á la justicia para librarse de tan tirana violencia; y que cuando no hubiera remedio, viviese seguro de que nadie sería dueño de su mano; que si no se determinaba á huir del poder de su tutor, solo la detenía el justísimo respeto de su opinion. Duval, que nos estaba escuchando, entró á esta sazón y le dijo: no te aflijas, querida: no es tu tío tan tirano como piensas; únicamente ha querido conocer á fondo tus sentimientos; y pues que ya los sabe, él mismo te dará el esposo que amas, coronando la constancia mas sin ejemplo, y el amor mas desinteresado.

Atónita quedó Celicia al oír las expresiones de su tutor, que le manifestó entónces quién era yo, refiriéndole al mismo tiempo los medios que habíamos empleado para examinar si me amaba únicamente por mis cualidades morales, y acabó esta escena entregándome la mano de Cecilia. Considérese la alegría de esta amable jóven; solo podia compararse con la mía. Al día siguiente los tres nos pusimos en camino para venir aquí, donde me veis acompañado de un amigo verdadero, de una esposa dulcísima, lleno de placer por esto, y tambien porque vosotros, hermanos míos, habéis concluido una peregrinacion, que nunca creí tuviera fin tan dichoso.

Cuando Graciano finalizó su historia, Cecilia abrazó á sus hermanos Ricardo y Huberto, y en el mismo día su tío Tomas les entregó la herencia que les habia costado tantas penas é inquietudes. Esta inmensa riqueza fué desde luego dividida en dos partes; la una, reducida á tres, se dió á Cecilia, Raimundo y Berville; este al instante hizo donacion de ella á la desgraciada Belly; la otra parte se distribuyó entre los tres peregrinos, de los cuales Graciano fué el mas dichoso, porque se vió dueño de una gran fortuna y de una mujer perfectísima. Así quedó cumplido el extraño testamento de Pedro Devíñes, y así fueron recompensados el mérito perseguido, la humanidad y el desinteres.

Aquí concluyó la historia de los tres peregrinos, á la que Palemon no dejó de añadir mil reflexiones acerca de los vicios que infestan la sociedad, y lo peligroso que es creer de ligero en la probidad y virtud de los hombres. Es preciso, decia, que cada uno tenga buenas costumbres; es necesario hacer todo lo posible para ser virtuosos; pero no crean los hombres honrados que to-

das las gentes son como ellos, porque se engañarán con mucha frecuencia. Seguramente me maravilla lo raro del hallazgo de este manuscrito: las tres cintas, encarnada, azul y blanca con que estaba atado, son sin duda emblema de los colores que habian tomado los tres hermanos. Aunque he practicado las diligencias posibles para saber de quién es tan extraño papel, enviando gente al sitio en que le halló Armando, nadie se ha presentado á reclamarlo; sea lo que fuere, su autor desea que se imprima, pues le ha acompañado con una suma de veinte y cinco luises; yo cumpliré su deseo. Retirémonos, queridos, que mañana necesitamos madrugar, pues es día de descanso, y quiero llevaros á la granja de los Nogales, que dista una legua de aquí: allí almorzaremos, y me alegraré que conozcáis á una mujer tan anciana como respetable, que habita junto á la granja, y debe toda su fortuna á un muchacho mas jóven que Leon, llamado Emiliano. ¿Os admiráis? pues es bien cierto; oiréis su historia, que es muy divertida; y estoy seguro de que os interesará mucho, pues hay lances extraordinarios en la de este niño; pero de nada servirá que veáis ejemplos de virtud, si no los imprimís en vuestros corazones para imitarlos. Espero que no se dirá mañana que os enseñaron el camino seguro y apacible de la virtud y no quisisteis seguirlo: esto sería haceros acreedores al desprecio de los buenos, y á la indignacion de un padre que ha procurado instruiros con la mayor ternura, inspirándoos las máximas mas sanas.